

esa partida, Bug-Jargal, y aunque estaba ya resignado á perder la vida que me habia de librar de mis infortunios, la idea de los tormentos que me pudiera hacer sufrir Biasson, si recibia la muerte de sus manos, me inspiraba horror: la muerte, pero sin martirio, seria para mí la felicidad. Quizás sea esto una flaqueza, pero la creo natural en estos momentos en la naturaleza humana. Creí, pues, que si lograba sustraerme del poder de Biasson, conseguiria quizás de Bug-Jargal la muerte sin suplicios, la muerte del soldado. Pedí, pues, á aquel negro que me condujese á presencia de su jefe Bug-Jargal. Extremecióse al oirme.— Bug-Jargal! dijo golpeándose la frente con honda desesperacion; despues, enfureciéndose rápidamente, gritó, enseñándome los puños: Biasson! Biasson! Y pronunciando este nombre en són de amenaza, me abandonó.

La cólera y el dolor del negro me recordaron aquella circunstancia del combate que nos hizo inferir la prision ó la muerte del jefe de las hordas del Morne-Rouge: así, pues, me resigné á sufrir la venganza de Biasson, con la que el negro me amenazaba.

XXVI.

Cubrian las tinieblas el valle, en el que aumentaban sin cesar la multitud de los negros y el número de hogueras. Un grupo de negras vino á encender una junto mí. Reconocí que eran *griotas* en los muchos brazaletes de vidrio azul, rojo ó violeta que brillaban escalonados por sus brazos y piernas, en los anillos que les colgaban de las orejas, en las sortijas que adornaban los dedos de sus manos y piés, en los amuletos que les caian sobre los pechos, en el *collar de encantos* suspendido al cuello, en el delantal de abigarradas plumas, único vestido que velaba su desnudez, y sobre todo por sus cadenciosos clamores y sus miradas vagas y feroces. Tal vez ignorais que entre los negros de las diversas comarcas del Africa hay unas tribus dotadas de grosero talento para la poesía y para la improvisacion semejante á la locura; estos negros, errantes de reino en reino, son en aquellos países bárbaros lo que eran los antiguos rapsodas en la Grecia, y en la Edad Media los *ministrels* en Inglaterra, los *misinger* en Alemania, los *trovadores* en Francia y en España. Se les llama *griots*; sus mujeres, las *griotas*, poseidas como ellos de un demonio insensa-

to, acompañan las bárbaras canciones de sus maridos con danzas lúbricas, ofreciendo una parodia grotesca de las bayaderas del Indostan y de las almeas egipcias. Algunas de dichas mujeres acababan de sentarse, formando corro, á pocos pasos de mí, con las piernas plegadas al estilo africano, ante un gran monton de ramas secas que ardian, haciendo temblar en sus repugnantes rostros el lívido resplandor de las llamas.

Formaron círculo, se agarraron de las manos, y la más vieja, que llevaba una pluma de garza real entre el pelo, gritó: *Onanga!* Comprendí que iban á verificar uno de los sortilegios que designan con ese nombre. Todas repitieron: *Onanga!* La susodicha vieja, despues de un momento de profundo silencio, se arrancó un puñado de cabellos y los arrojó al fuego, diciendo estas palabras sacramentales: *Male ó guiab!*, que en el dialecto de los negros criollos significan: "Iré á ver al diablo." Todas las griotas, imitando á su decana, repitieron gravemente: *¡Male ó guiab!*

Esa extraña invocacion, acompañada de muecas burlescas, me arrancó de la especie de convulsion involuntaria que muchas veces se apodera del hombre más sério ó más afligido y que se llama risa destemplada, que estalló en mí, por más esfuerzos que hice por contenerla; esa risa, que brotaba de un pecho desgarrado, produjo una escena singular, sombría y espantosa.

Todas las negras, interrumpidas al representar ese misterio, parecia que se despertaran con sobresalto: hasta entonces no se apercibieron de mi presencia; en cuanto me vieron, corrieron en tumulto hácia mí, aullando: *Blanco! Blanco!* Jamás ví conjunto de semblantes tan horribles, pero tan diferentes, como se me presentaron en su furor los rostros negros de las griotas, con los dientes blancos y los ojos blancos tambien, pero surcados por venas de color de sangre.

Querian hacerme pedazos, pero la vieja de la pluma hizo un signo, y gritó repetidas veces: *Zoté cordé! Zoté cordé!* Detuviéronse aquellas furias de repente y las ví, sorprendido, quitarse los delantales de pluma, tirarlos sobre el césped y empezar á bailar á mi alrededor la danza lasciva que los negros llaman *la chica*.

Este baile, cuya vivacidad y grotescas actitudes solo expresan el placer y la alegría, adquiria entonces, por las circunstancias accesorias, un carácter siniestro. Las terribles miradas que me

fulminaban las griotas en medio de sus locas evoluciones, el acento lúgubre que daban á la alegre música de la *chica*, el agudo y prolongado gemido que la presidenta del Sanhedrin negro arrancaba de vez en cuando á su *balafo*, especie de espineta que murmura como un organillo, y se compone de una veintena de tubos de madera, cuyo grueso y cuya longitud disminuyen gradualmente; y sobre todo la horrible risa que cada hechicera desnuda venia á ofrecerme á su vez, apoyando casi su rostro en el mio, me anunciaban el horrible castigo que debia esperar el blanco profanador de su *onanga*. Recordaba en aquellos momentos la costumbre de aquellas tribus bárbaras de bailar alrededor de los prisioneros antes de inmolarlos á su furor, y dejaba pacientemente que dichas mujeres ejecutasen el baile del drama cuyo desenlace debia yo ensangrentar; pero me estremecí al ver, en cierto momento que marcaba el *balafo*, que cada griota acercaba al fuego la punta de una hoja de sable, ó el hierro de una hacha, la extremidad de una larga aguja de velámen ó los dientes de una sierra.

El baile iba á terminar y los instrumentos para dar tortura se hallaban ya enrojecidos. A una señal de la vieja, las negras fueron como en procesion á buscar, una tras de otra, alguna arma horrible de las que estaban en la hoguera; las que no pudieron apoderarse de un hierro ardiente cogieron un tizon inflamado. Comprendí entonces con claridad el suplicio á que me condenaban y que cada bailarín seria un verdugo para mí. Dando otra orden la decana, empezaron á dar la última vuelta de baile, lamentándose de una manera espantosa. Cerré los ojos para no ver los movimientos de aquellos demonios hembras que, jadeando de rabia y de fatiga, hacian chocar cadenciosamente sobre sus cabezas los flamígeros hierros, de los que se escapaban ruidos agudos y miriadas de chispas, esperando aterrado el momento de ver desgarrarse mis carnes, calcinarse mis huesos y retorcerse mis nervios por las heridas ardientes de las tenazas y de las sierras, y horrible escalofrío corrió por todos mis miembros.

Por fortuna esos horrorosos momentos fueron de corta duracion: el baile de las griotas llegaba á su último periodo, cuando oí de lejos la voz del negro que me apresó, que llegaba corriendo y gritando:—"¿Qué haceis, mujeres del demonio? Qué haceis ahí? Dejad á mi prisio-

nero." Volví á abrir los ojos y ya era completamente de dia. Detuviéronse las griotas al ver la cólera del negro, pero más que las amenazas del esclavo, las impresionó la presencia de un personaje asaz extraño que le acompañaba.

Era un hombrecillo gordo y pequeño, un enano, al que ocultaba su rostro un velo blanco con tres agujeros para los ojos y para la boca. Este velo, que le caía sobre el cuello y sobre las espaldas, le dejaba desnudo el velludo pecho, cuyo color me pareció idéntico al de los zampos, y sobre el que brillaba, suspendido de una cadena de oro, el sol de un viril de plata, truncado. Se le veia el mango de cruz de un grosero puñal por encima del cinturón de escarlata, que apretaba un jubon rayado de verde, de amarillo y de negro, cuya franja le llegaba hasta sus largos y disformes piés. Sus brazos estaban desnudos como su pecho, sus manos agitaban un baston blanco; pendiale del cinto un rosario, al lado del puñal, y llevaba en la cabeza un gorro puntiagudo lleno de campanillas, en el que reconocí el del pobre Habibrah; entre los geroglíficos que contenia esa especie de mitra se veian algunas manchas de sangre, que sin duda era la del fiel bufon: aquellas señales me parecieron una nueva prueba de su muerte y renovaron mi antiguo dolor.

En seguida que las griotas vieron al heredero del gorro de Habibrah, exclamaron en coro: El obi! y se prosternaron. Adiviné que ese era el hechicero del ejército de Biasson.—"Basta, basta, les dijo, llegando hasta ellas, con voz sorda y grave; dejad al prisionero de Biasson." Todas las negras, levantándose en tumulto, arrojaron los instrumentos de muerte que empuñaban, apoderándose otra vez de sus delantales de pluma, y á un gesto del obi se dispersaron como nube de langostas.

En aquel momento se fijó en mí la mirada del obi; estremecióse, retrocedió un paso y dirigió su vara blanca hácia las griotas, como si quisiera llamarlas; esto no obstante, despues de murmurar entre dientes la palabra *maldito* y de decir algunas frases al oído del negro, se retiró lentamente, cruzando los brazos y en la actitud de profunda meditacion.

XXVII.

Me participó el negro que Biasson queria verme y que me debia prepa-

rar dentro de una hora para tener una entrevista con aquel jefe.

Esto era igual que decirme que se me concedía una hora más de vida: esperando que ésta pasase, me puse á examinar el campamento de los rebeldes, de cuyos singulares detalles podía enterarme gracias á que ya brillaba completamente la luz del día. Si mi ánimo hubiese estado tranquilo, me hubiera reído de la estúpida vanidad de los negros, que iban casi todos cargados con los ornamentos militares y sacerdotales de que despojaron á sus víctimas; casi todos estos adornos consistían en andrajos sangrientos y mal casados, de modo que veía brillar una gola bajo una valona, ó una charretera sobre una casulla. Sin duda para desquitarse del trabajo al que estaban condenados toda la vida, permanecían los negros en la inacción, pero una inacción que desconocen nuestros soldados hasta en las horas de descanso. Algunos dormían acostados al sol y con la cabeza sucesivamente miradas torvas y furiosas, entonaban un canto monótono acurrucados en el umbral de sus *ajupas*, especie de chozas cubiertas de hojas de plátano y de palmeras, cuya forma cónica es bastante parecida á la de nuestras tiendas cañoneras. Sus mujeres, negras ó cobrizas, ayudadas por los negritos, preparaban la comida de los combatientes. Veíalas yo remover con grandes tenazas en el fuego la batata, la banana, el maíz, los guisantes, el coco, las patatas y otros muchos frutos indígenas, que hervían entre pedazos de puerco, de tortuga y de perro en grandes calderas, robadas de las habitaciones de los colonos. A lo lejos, en los límites del campamento, los griotes y las griotas daban rápidas vueltas alrededor de las hogueras, y el viento hacia llegar hasta mi oído trozos de sus bárbaros cantares, que entonaban al són de las guitarras y de los balafos. Algunos centinelas, apostados en las cimas de las cercanas rocas, vigilaban los alrededores del cuartel general de Biasson, cuya única trinchera, en caso de ataque, consistía en un cordón circular de carretones cargados de botín y municiones. Esos negros, centinelas en pié sobre la punta aguda de las pirámides de granito de que estaban erizadas las colinas, giraban con frecuencia sobre sí mismos, como las veletas sobre las flechas góticas, y se enviaban unos á otros, con toda la fuerza de sus pulmones, el grito que mantenía la se-

guridad del campamento: *Nadal! Nadal!* De tiempo en tiempo se formaban á mi alrededor grupos de negros curiosos y todos ellos me miraban con aire de amenaza.

XXVIII.

Llegó cerca de mí un pelotón de soldados de color, bastante bien armados. El negro á quien sin duda yo pertenecía me desató del árbol y me entregó al jefe de la patrulla, de cuyas manos recibí en cambio un saco lleno, que aquel abrió inmediatamente; contenía piastras. Mientras el negro, arrodillado, las contaba con avidez, los soldados me llevaron consigo. Yo miraba con curiosidad su equipo: traían un uniforme de paño burdo, rojo oscuro y amarillo, cortado á la española. Una montera con escarapela encarnada ocultaba sus lanudos cabellos; llevaban en vez de cartuchera una especie de morral, amarrado al cinto. Sus armas eran un pesado fusil, un sable y un puñal: luego supe que ese uniforme era el de la guardia especial de Biasson.

Después de muchos circuitos entre las filas irregulares de chozas que á cada paso encontramos en el campamento, penetramos en una gruta abierta por la naturaleza al pié de una de las inmensas paredes de rocas que rodean la pradera. Una cortina grande de paño del Tibet, llamado *cachemira*, que se distingue menos por el brillo de sus colores que por la suavidad de sus pliegues y por sus dibujos variados, ocultaba á la vista el interior de aquella caverna, á la que rodeaban numerosas filas de soldados equipados como los que me llevaban preso.

Después de dar el santo y seña á los dos centinelas que se paseaban á la entrada de la gruta, el jefe de la patrulla levantó la cortina de cachemira y la dejó caer tras él después de introducirme en la caverna.

Una lámpara de cobre de cinco mechas, colgada de la bóveda con cadenas de hierro, esparcía luz vacilante en las paredes húmedas de la cueva. Entre dos filas de soldados mulatos ví á un negro sentado en un enorme tronco de caoba, que apenas cubría un tapiz de plumas de papagayo. Este hombre pertenecía á la tribu de los *sacatras*, que solo se diferenciaba de la de los negros en un matiz imperceptible. Su traje era ridículo. Una faja magnífica de trencilla de seda, de la que

colgaba una cruz de San Luis, sostenía á la altura del ombligo sus pantalones azules de lienzo grosero; y una chaqueta de bombasí blanco, que no llegaba á la cintura, completaba su uniforme. Llevaba botas grises, sombrero redondo con escarapela encarnada y dos charreteras, la una de oro, con dos estrellas de plata, y la otra de lana amarilla; ésta contenía dos estrellas de cobre, que parecían haber servido antes de acicates de espuela y que estaban clavadas en esta charretera para que pudiese figurar al lado de su compañera. Como estas charreteras no estaban sujetas en los hombros con presillas transversales, pendían de ambos lados sobre el pecho del jefe. Un sable y dos pistolas descansaban sobre el tapiz de plumas.

Detrás de su asiento estaban en pié, silenciosos é inmóviles, dos muchachos vestidos con los calzones de los esclavos, y cada uno de ellos tenía en la mano un gran abanico de plumas de pavo real. Estos dos esclavos eran blancos.

Dos almohadones de terciopelo carmesí, que debieron haber pertenecido á algun oratorio de presbiterio, servían de asiento á derecha é izquierda del trono de caoba. El de la derecha le ocupaba el obi que me libró del furor de las griotas: estaba éste sentado, con las piernas cruzadas y con la vara derecha, inmóvil como un ídolo de porcelana en una pagoda china. Por los agujeros de su velo veía yo brillar sus ojos llameantes, fijos siempre en mí.

A los lados del jefe había varios trofeos de banderas, de estandartes y banderolas de todas clases, entre las que ví la bandera blanca flordelisada, la tricolor y la de España. Las otras eran de capricho; entre ellas había un enorme estandarte blanco.

En el fondo de la gruta, sobre la cabeza del jefe, llamó particularmente mi atención otro objeto: el retrato del mulato Ogé, que ahorcaron en el Cabo el año anterior por el crimen de rebelión, con su teniente Juan Bautista Chavanne y otros veinte negros y mulatos. En ese retrato estaba pintado Ogé, hijo de un carnicero del Cabo, como él solía hacerse retratar, con uniforme de teniente coronel, la cruz de San Luis y con la orden del Mérito del Leon, que compró en Europa al príncipe de Limburgo.

El jefe á cuya presencia me condujeron era de mediana estatura; su ignoble rostro denotaba astucia y crueldad. Hizo que me aproximase y me contempló un

rato en silencio, y después asomó á sus labios risa repugnante de sarcasmo.

—Yo soy Biasson, me dijo.

Así me lo figuraba, pero al oír aquel nombre pronunciado por aquella boca que reía con ferocidad, temblé interiormente, aunque mi rostro se mantuvo sereno y altivo; pero nada respondí.

—Qué es eso? dijo en mal francés.

¿Acaso te han empalado, como mereces, que no puedes doblar la espina dorsal en presencia de Juan Biasson, generalísimo del país conquistado y mariscal de campo de los ejércitos de su *majestad Católica*? (La táctica de los principales jefes rebeldes consistía en hacer creer que eran hechuras unas veces del rey de Francia, otras de la Revolución y otras del rey de España.)

Me crucé de brazos y le miré con fijeza. Volvió á sus labios la risa feroz, que sin duda le era habitual.

—Me pareces hombre de corazón. Escucha lo que voy á decirte. ¿Eres criollo?

—No, contesté; soy francés.

Mi confianza le hizo fruncir el ceño, y prosiguió:

—Más vale así. Por el uniforme conozco que eres oficial. Qué edad tienes?

—Veinte años.

—Cuándo los cumpliste?

Al oír esta pregunta, que despertaba en mí dolorosos recuerdos, quedé un instante absorto en mis pensamientos. La volvió á repetir, y entonces le contesté:

—El día que ahorcaron á tu compañero Léogri.

La cólera contrajo sus facciones.

—Hace veintitres días que ahorcaron á Léogri, y tú irás esta noche á decirle que le has sobrevivido por espacio de veinticuatro días. Quiero dejarte en el mundo un día con la idea de que puedas referirle el estado en que se encuentra la libertad de sus hermanos, para que le relates lo que veas en el cuartel general de Juan Biasson, mariscal de campo, y cuánta es la autoridad de este generalísimo sobre las *tropas del rey*.

Bajo este título, Juan Francisco, que se hacía llamar gran almirante de Francia, y su compañero Biasson, designaban á sus hordas de negros y de mulatos rebeldes.

Dió entonces orden de que me hiciesen sentar, entre dos centinelas, en un rincón de la gruta, y haciendo una señal con la mano á algunos negros mal vestidos en traje de ayudantes, les dijo:

—Que toquen llamada, y que todo el ejército se reúna alrededor del cuartel general para pasarle revista; y vos, señor capellan, añadió dirigiéndose al obi, vestíos con las ropas sacerdotales y celebrad para todos nosotros el santo sacrificio de la Misa.

El obi se levantó, se inclinó con respeto ante Biasson y le dijo al oído algunas palabras; el jefe le interrumpió bruscamente en alta voz:

—Decís que no teneis altar, señor cura? No es raro que eso suceda en medio de la montaña; pero, ¿qué importa! ¿Desde cuándo el buen Giu (1) necesita para su culto un templo magnífico y un altar adornado de oro y de encajes! Gedeon y Josué le adoraron ante montones de piedras; hagamos como ellos, *bon per*; (2) al buen Giu le basta que los corazones sean fervientes. Que no teneis altar! Bien está; podeis hacer uno de esa gran caja de azúcar, capturada anteayer por las tropas del rey en la vivienda de Dubuison.

El pensamiento del jefe se ejecutó en seguida. En un abrir y cerrar de ojos se dispuso el interior de la gruta para representar la parodia del divino misterio. Trajeron un tabernáculo y un copon robados de la parroquia del Acul, del mismo templo donde recibió la bendición del cielo mi matrimonio con María, á cuya bendición siguió tan rápidamente el infortunio. Se erigió en altar la caja de azúcar robada, la cubrieron con un paño blanco á guisa de mantel, el que no impidió que se pudiese leer en los lados del altar: *Dubuison y compañía, para Nantes*.

Después de colocar los vasos sagrados sobre el mantel, se apercebió el obi que faltaba en él una cruz; sacó su puñal, cuyo mango horizontal tenia esa forma, y le clavó en la caja entre el cáliz y el viril, delante del tabernáculo. El obi, sin quitarse el gorro de hechicero ni el velo de penitente, tomó la capa pluvial, robada al prior del Acul, y la echó sobre las espaldas y el desnudo pecho; abrió junto al tabernáculo el misal con cierres de plata, en el que se leyeron las fórmulas de mis fatales bodas, y volviéndose hácia Biasson, cuya silla estaba cerca del altar, anunció, saludándole con respeto, que todo estaba preparado.

A una señal del jefe se recorrieron las cortinas de cachemira y pudimos ver á todo el ejército de negros, formado de-

(1) El buen Dios, en la jerigonza de los criollos.

(2) El buen padre, id. id.

lante de la abertura de la gruta. Biasson se quitó el sombrero redondo y se arrodilló delante del altar.—“De rodillas!”, dijo con voz de trueno.—“De rodillas! repitieron los jefes de cada batallón; oyóse un redoble de tambores y todas las hordas se arrodillaron.

Solo yo permanecía inmóvil en mi asiento, indignado de la horrible profanación que iba á cometerse delante de mí; pero los dos vigorosos mulatos que me vigilaban, quitándome el asiento, me empujaron rudamente por la espalda y caí de rodillas como los demás, viéndome obligado á prestar un simulacro de respeto á aquel simulacro de culto.

El obi ofició con gravedad, y los paje-cillos blancos de Biasson oficiaron de diácono y de subdiácono. La multitud de los rebeldes, siempre prosternados, asistía á la ceremonia con recogimiento, al ver que el generalísimo les daba el ejemplo. En el momento de la exaltación, el obi, levantando con las manos la sagrada hostia, dijo en la jerigonza de los criollos, dirigiéndose á los soldados: *Zoté coné buen Giu; ce li mo fé zoté voer. Blan touge li, touge blan yo tonté.* (1)

Al oír esas palabras, pronunciadas con firme acento (me pareció haber oído aquella voz en alguna parte y en otro tiempo), el ejército lanzó un rugido; chocó las armas, y fué precisa toda la autoridad de Biasson para impedir que aquel siniestro rumor se convirtiera en preludio de mi última hora.

Comprendí entonces hasta qué extremo de valor y de atrocidad podían llegar unos hombres á los que servía de cruz el puñal, y en cuyo espíritu toda impresión es súbita y profunda.

XXIX.

Quando terminó la ceremonia, el obi se volvió hácia Biasson, haciéndole respetuosa reverencia; el jefe se levantó, y dirigiéndose á mí, me dijo en francés:

—Se nos acusa de que carecemos de religion; ya ves que eso es una calumnia y que somos buenos católicos.

No podré deciros si hablaba con ironía ó de buena fé. Al poco rato mandó que le trajesen un vaso de vidrio lleno de granos de maiz negro, en el que echó unos cuantos de maiz blanco; después,

(1) Conoceis al buen Dios, yo os lo hago ver. Los blancos le mataron; matad á todos los blancos.

Más tarde, Toussaint-Louverture tenia la costumbre de dirigir la misma alocucion á los negros, después de haber comulgado.

levantando el vaso por encima de la cabeza, para que pudiera verle todo el ejército, exclamó:

—Hermanos, sois el maiz negro, y los blancos, vuestros enemigos, son el maiz blanco.

Dichas esas palabras removi6 el vaso, y cuando todos los granos blancos desaparecieron debajo de los negros, gritó con aire de inspiración y de triunfo: *Guetté blan si la la.* (1)

Otra exclamación, que repitieron todos los ecos de las montañas, acogió la parábola del jefe. Biasson prosiguió su peroración, mezclando con frecuencia su mal francés con frases criollas y españolas.

—Ha pasado la época de la mansedumbre; fuimos mucho tiempo pacientes como corderos, cuya lana comparan los blancos con nuestros cabellos; seamos de ahora en adelante implacables como las panteras y los jaguares de los países de donde nos han arrancado. Solo la fuerza puede adquirir derechos; todo lo consigue el que es fuerte y no tiene compasión. San Lobo tiene dos fiestas en el calendario Gregoriano, y el Cordero pascual no tiene más que una. ¿No es verdad lo que digo, señor capellan?

El obi se inclinó, manifestando así su adhesión.

—Vinieron, prosiguió Biasson, vinieron los enemigos de la regeneración de la humanidad, esos blancos, esos plantadores, esos negociantes, verdaderos demonios que vomitó la boca de Alecto; vinieron con insolencia, cubriéndose, soberbios, de armas, de penachos, de trajes magníficos, y nos despreciaban porque éramos negros é íbamos desnudos. Su orgullo les hizo creer que nos dispersarian con tanta facilidad como dispersan esas plumas de pavo real los enjambres de mosquitos.

Al terminar esta comparación arrancó de las manos de un esclavo blanco uno de los abanicos que se hacia llevar siempre tras él, y le agitó por encima de la cabeza haciendo mil aspavientos; luego prosiguió:

—Pero nuestro ejército se precipitó sobre el suyo como bandada de insectos sobre un cadáver; y ellos cayeron con sus pomposos uniformes bajo los golpes de estos brazos desnudos, que creían sin vigor, ignorando que la buena madera es más dura cuando se le quita la corteza, ¡y ahora tiemblan esos tiranos aborrecidos! *Yo gagné peur.* (2)

(1) Ved lo que son los blancos relativamente á vosotros.

(2) Tienen miedo.

Un aullido de alegría y de triunfo respondió al grito del jefe, y todas las hordas repitieron varias veces: *¡Yo gagné peur!*

—Negros, criollos y congos, continuó diciendo Biasson, venganza y libertad! Mulatos, no os dejéis ablandar por las seducciones de los diablos blancos; vuestros padres están en sus filas, pero vuestras madres están en las nuestras. Además, hermanos de mi corazón, nunca os han tratado como padres, sino como amos, porque érais esclavos como los negros. Mientras que una miserable pampañilla cubria vuestras carnes, expuestas á los ardores del sol, vuestros bárbaros padres se pavoneaban luciendo buenos sombreros y llevando trajes de mahon los días de trabajo y de barragán ó de terciopelo los días de fiesta. ¡Maldecid á esos seres desnaturalizados! Pero ya que lo prohiben los santos mandamientos del *bon Giu*, no mateis á vuestro propio padre. Si le encontráis en las filas enemigas, ¿quién os impide, compañeros, deciros el uno al otro: *Tonyé papa moé, ma tonyé quena toné.* (1) ¡Venganza, soldados del rey! ¡Libertad para todos los hombres! Este grito hallará eco en todas las islas; salió de *Quisquega* (2) y retumba en Tabago y en Cuba. Un jefe de los ciento veinticinco negros cimarrones de la montaña Azul, un negro de la Jamaica, Buckmann, fué quien entre nosotros levantó el estandarte, y una victoria fué el primer acto de fraternidad con los negros de Santo Domingo; sigamos tan glorioso ejemplo con la tea en una mano y con el hacha en la otra. Asesinemos á sus familias, devastemos sus plantaciones, no dejemos en sus dominios ni un solo árbol en pié. ¡Revolvamos la tierra para que se trague á los blancos! ¡Animo, pues, amigos y hermanos, que pronto iremos á combatir y á exterminar y triunfaremos ó moriremos! Si somos vencedores, gozaremos á nuestra vez de todos los placeres de la vida; si morimos, iremos al cielo, en el que los santos nos esperan en el paraíso, en el que cada fuerte bravo recibirá doble ración de aguardiente y un peso fuerte cada día.

Esta especie de sermón soldadesco, que encontrareis muy ridículo, produjo en los rebeldes efecto prodigioso. Verdad es que la mímica extraordinaria de

(1) *Mata á mi padre y yo mataré al tuyo.* Hay ejemplos de que algunos mulatos, capitulando hasta cierto punto con el parricidio, pronunciaban tan execrables palabras.

(2) Antiguo nombre de Santo Domingo, que significa Tierra-Grande.

Biasson, el acento inspirado de su voz y la extraña risa que entrecortaba sus palabras, daba á su arenga no sé qué poder de prestigio y de fascinación. El arte con que mezclaba á la declamación detalles á propósito para halagar las pasiones ó los intereses de los insurrectos, daba gran fuerza á semejante elocuencia, propia para aquel auditorio.

No intentaré describiros el sombrío entusiasmo que se manifestó en el ejército insurgente despues de la alocución de Biasson; fué aquello un concierto infernal de gritos y de aullidos. Unos se golpeaban el pecho; otros agitaban las mazas y los sables; otros conservaban la actitud de un éxtasis inmóvil. Las negras se desgarraban el pecho y los brazos con las espinas de los pescados que usan á guisa de peines para desenredar el cabello. Las guitarras, los tamtams, los tambores, los balafos, confundían su estruendo con el de las descargas de los fusiles. Aquello parecía un aquelarre.

A una señal que Biasson hizo con la mano cesó el tumulto, como por efecto de sobrenatural intervención, y cada negro volvió á ocupar su sitio en las filas. La disciplina á que Biasson sujetaba á sus iguales por el único ascendiente del pensamiento y de la voluntad me dejó admirado; los soldados de aquel ejército de rebeldes parecía que hablaban y se movían según la voluntad de su jefe, como las teclas del clavicordio bajo los dedos del músico.

XXX.

Otro espectáculo de diferente género de charlatanismo y de fascinación excitó entonces mi curiosidad, y fué este espectáculo la curación de los heridos. El obi, que desempeñaba en el ejército la doble función de médico del alma y del cuerpo, había empezado ya la inspección de los enfermos. Despojóse de sus ornamentos sacerdotales y se hizo traer una gran caja con divisiones, que contenía drogas é instrumentos. Usaba rara vez de sus utensilios quirúrgicos, si exceptuamos una lanceta hecha de espina de pescado, con la que sangraba con destreza, pareciéndome bastante inhábil en el manejo de las tenazas que le servían de pinzas y del cuchillo que ocupaba el lugar del bisturí. Limitábase generalmente á recetar tisanas de naranja silvestre, brevajes de China y de zarzaparrilla y algunos sorbos de tafia añejo. Pero su remedio favorito, que él creía

infalible, se componía de tres vasos de vino tinto, en el que mezclaba la raspadura de una nuez moscada y una yema de huevo, cocido bajo la ceniza; con este específico curaba toda especie de llagas ó de enfermedades. Comprenderéis que era tan irrisoria esta medicina como el culto de que él se proclamaba ministro; y es probable que el escaso número de curaciones que hacía por casualidad no le hubieran hecho conservar al obi la confianza de los negros, si al mismo tiempo que las drogas, las truhanerías y el charlatanismo no hubieran influido en la imaginación de ellos más que los medicamentos en sus cuerpos. Así es que algunas veces se limitaba á tocar las heridas, haciendo algunos signos místicos; otras veces, valiéndose con habilidad de antiguas supersticiones, que ellos mezclaban á su catolicismo de reciente fecha, colocaba en las llagas una piedra fetiche envuelta en hilas, y el enfermo atribuía á la piedra los benéficos efectos de las hilas. Si le anunciaban que éste ó aquel herido, asistido por él, había muerto de sus heridas y acaso de sus remedios, "Ya lo había yo previsto, respondía con voz solemne; era un traidor: en el incendio de tal ó cual habitación perdonó la vida á un blanco: su muerte es un castigo del cielo."—Y la multitud de los rebeldes embobados aplaudía á su obi, haciendo enconar cada día más en ella los sentimientos de odio y de venganza. Empleó el charlatan, entre otros, un medio extraño de curación, que aplicó á uno de los jefes negros mortalmente herido en el último combate. Examinó la llaga con atención, la vendó como pudo, y luego, dirigiéndose al altar, le dijo: "Eso no es nada." Despues arrancó tres ó cuatro hojas del misal, las quemó en las llamas de los cirios robados de la iglesia del Acul, y mezclando con la ceniza de ese papel consagrado algunas gotas de vino derramadas del cáliz, "Bebed, le dijo al herido; esto os curará," (1). Bebió el otro estúpidamente, fijando en el obi sus ojos llenos de confianza, que mantenía las manos levantadas sobre él como si quisiera atraerle las bendiciones del cielo. Tal vez la convicción de que estaba ya curado contribuyó á su curación.

(1) Este remedio se practica aun en Africa, sobre todo entre los moros de Trípoli, que echan en sus brevajes una página del libro de Mahoma. No recuerdo qué viajero inglés llama á este brevaje *infusion del Corán*.

XXXI.

Otra escena, en la que el obi fué también el principal actor, sucedió á ésta; el médico reemplazó en él anteriormente al sacerdote, y ahora el hechicero reemplazaba al médico.

"Hombres, escuchad!" gritó el obi saltando con increíble agilidad sobre el altar improvisado, cayendo sentado con las piernas dobladas debajo de su jubón de colorines; *escuchad, hombres!* Acérquense á mí los que quieran leer en el libro del destino la suerte que les espera, que yo he estudiado la ciencia de los gitanos.

Una multitud de negros y de mulatos avanzó con precipitación.

—Uno detrás de otro, dijo el obi, cuya voz sorda y profunda sonaba á veces con aquel acento chillón que me chocaba como un recuerdo; si venís todos juntos, todos juntos penetrareis en el sepulcro.

Al oír estas terribles palabras se detuvieron: entonces un mulato, vestido con chaqueta y pantalón blancos, con un madrás en la cabeza, como lo usaban los colonos ricos, se acercó á Biasson; llevaba pintada la consternación en el semblante.

—Qué es eso? le preguntó el *generalísimo* en voz baja. Qué teneis, Rigaud?

Aquel hombre era el jefe mulato de la horda de los Cayos, conocido despues por el *general Rigaud*, hombre astuto con apariencias de cándido y cruel afectando dulzura. Yo le examiné atentamente.

—General, respondió Rigaud (muy bajo, pero que yo pude entenderle por estar al lado de Biasson), ha llegado á los límites del campamento un emisario de Juan Francisco. Buckmann acaba de morir en un encuentro que tuvo con las tropas de Mr. de Touzard, y los blancos han debido exponer su cabeza como trofeo en la ciudad.

—No es más que eso? dijo Biasson, y sus ojos brillaron con mal reprimida alegría, al ver disminuir el número de jefes y por consecuencia al ver crecer su importancia.

—El emisario de Juan Francisco tiene que entregaros además un mensaje.

—Bien; pero no tengais ese aire compungido, mi querido Rigaud.

—Pero, ¿no temeis, general, repuso éste, el mal efecto que puede producir en vuestro ejército la muerte de Buckmann?

—No sois tan sencillo como parecis,

Rigaud, contestó el jefe; vais á conocer á Biasson: retardad un cuarto de hora la admisión del mensajero.

Despues se aproximó al obi, que durante el anterior diálogo, que yo únicamente oí, había empezado á ejercer de adivino, interrogando á los maravillados negros, examinándoles los signos de las frentes y de las manos y distribuyéndoles más ó menos grados de felicidad para el porvenir, según el sonido, el color y el grueso de la moneda que arrojaba cada negro á sus piés en una patena de plata dorada. Biasson le dijo algunas palabras al oído y el hechicero, sin interrumpirse, continuó sus operaciones metoposcópicas.

—"El que tenga en medio de la frente, sobre la línea del sol, una figurita cuadrada ó un triángulo, hará gran fortuna sin penas ni trabajos.

"La figura de tres SS reunidas en cualquier sitio de la frente que se hallen, es un signo funesto; el que lo tenga se ahogará infaliblemente, si no evita el agua con el mayor cuidado.

"Cuatro líneas procedentes de la nariz, que se encorvan dos á dos sobre la frente por encima de los ojos, anuncian, en quien tiene este signo, que será algún día prisionero de guerra y que gemirá cautivo."

Al llegar aquí el obi hizo una pausa.

—"Compañeros, añadió con gravedad, yo había observado ese signo en la frente de Bug-Jargal, jefe de los valientes del Morne-Rouge."

Estas palabras me confirmaron la prisión de Bug-Jargal; á ellas siguieron las lamentaciones de una horda que solo se componía de negros, y cuyos jefes llevaban calzones colorados; aquella era la tropa del Morne-Rouge.

El obi prosiguió:

—"Si teneis á la derecha de la frente, en la línea de la luna, una figura semejante á una horquilla, temed al ocio y á la crápula!

"Una pequeña señal, muy importante, la figura árabe del número 3, sobre la línea del sol, presagia palos..."

Un negro muy viejo, de Santo Domingo, interrumpió al hechicero, arrastrándose y suplicándole que le curara. Le habían herido en la frente, y uno de los ojos, arrancado de la órbita, le colgaba ensangrentado. El obi olvidó á aquel desventurado al pasar la revista médica; al presentarse ahora ante él exclamó:

—"Figuras redondas á la derecha de la frente, sobre la línea de la luna, anun-